

Un hombre que vivía en las montañas había heredado de sus abuelos una vasija de barro muy antigua. La tenía en el suelo en un rincón de la casa. El polvo que la cubría ya casi no dejaba ver los dibujos que la adornaban y su dueño no tomaba en cuenta para nada. Más bien la consideraba un estorbo.

Un buen día pasó por la casa de aquel hombre un artista que venía de la ciudad que sabía mucho sobre el arte de los antiguos. Y al ver la vasija le preguntó a su dueño si quería venderla. El hombre se rió y le dijo:

- Pero señor, ¿quién va a querer comprar esa vasija de barro?
El artista le dijo: - Yo le daré cien pesos por ella.

El hombre se puso muy contento. No sólo se iba a deshacer de aquel estorbo, sino que encima le iban a dar dinero.

Muchos días después, el hombre que vivía en las montañas tuvo que ir a la ciudad. Caminó por las calles y vio que un montón de gente hacía fila frente a una tienda, donde un hombre estaba gritando:

- ¡Vengan a ver la obra de arte que acaba de ser descubierta! Por sólo 200 pesos usted podrá conocerla.

El hombre pagó los 200 pesos para ver la obra de arte que anunciaban. Y su sorpresa fue enorme al darse cuenta de que era la misma vasija de barro que él había vendido por cien pesos.

A muchos de nosotros nos pasa igual que a aquel hombre de las montañas: que de tanto ver las cosas no sabemos preciar lo valioso que tenemos a la par.

EL BURRO Y EL BUEY

Un burro y un buey vivían en el mismo cuadro. El burro llevaba una vida tranquila y descansada. Tenía a su disposición comida de su agrado y agua fresca y dormía mucho. El buey, en cambio, trabajaba sin descanso jalando el arado y la comida que le daban no era de su gusto.

Una noche que se lamentaba de su suerte, el burro le aconsejó:

- Mañana, cuando venga el amo, hazte el enfermo. No vayas o comer nada de lo que te pongan y te quedas tirado en el suelo.

Al día siguiente, cuando llegó el amo, no hubo forma de sacar al buey de la cuadra. El amo, al ver que no se levantaba ni para comer, dijo:

- Pobre animal, debe estar muy cansado. Unos días de descanso le harán bien.

Entonces se llevó al burro y lo puso a jalar el arado. El burro, que no estaba acostumbrado a trabajar, se lamentó todo el día del consejo que le había dado a su amigo. Pero no estaba dispuesto a permitir que la experiencia se repitiera.

Por eso, cuando por la noche llegó a la cuadra muerto de cansancio, le dijo al buey:

- Creo que es mejor que te levantes mañana. Cuando estábamos en el campo oí que el amo le decía a su hijo que debías estar muy enfermo, porque no tenías fuerzas ni para comer. Y que en vez de verte sufrir, mejor iba a llamar al carnicero para que te descansara de una vez.

El buey casi se muere del susto. Se levantó de un salto y en un momento se comió toda la comida que le habían dejado, sin pensar siquiera en que siempre se quejaba de que no le gustaba. Y a la mañana siguiente, cuando el amo llegó, el buey salió alegremente del cuadro.

El burro lo vio salir con gran alivio, pensando en que su plan había dado resultado. Pero no contaba con que el amo, que ya conocía las posibilidades del burro, no estaba dispuesto a desperdiciar su fuerza de trabajo. Y desde ese día lo puso a trabajar a él también.

El Burro y el Tigre

Un burro paseaba tranquilamente por un hermoso potrero en un día de verano. De pronto vio venir a un tigre hambriento, pero como no tenía tiempo de huir, el burro fingió estar cojo acercándose, el tigre le preguntó:

- ¿Por qué cojeas ?

- Es que he majado una espina sin querer, -respondió- y se me ha clavado en el pie. Ahora tú me comerás y la espina se te clavará en la garganta... a menos que primero quieras quitármela.

- Déjame ver - dijo el tigre preocupado.

El burro dio vuelta y levantó una de las patas de atrás, y le preguntó: -¿La ves?

- Estoy buscándola - dijo el tigre, acercando el hocico.

Entonces el burro disparó una fuerte coz, que dándole en el hocico al tigre, le rompió los dientes.

Mientras el burro huía a más no poder, el tigre se lamentaba escupiendo sangre:

- Esto me pasa por meterme en otros oficios!. Mi padre me enseñó a ser carnicero, ¿Quién me mete a tratar de ser cirujano?

Las apariencias engañan !!!

Mireya vivía sola con sus ancianos padres en una casita en las afueras del pueblo. Era una muchacha seria y trabajadora. Se dedicaba a coser ropa ajena para ganar el sustento de su familia. Pasaba el tiempo encerrada en un cuartito sin ventilación y a veces no comía por no perder ni un minuto de trabajo.

Un hermoso día soleado, al ver lo pálida que estaba la muchacha, la madre la apartó de la máquina de coser diciéndole:

- Acabarás por caer enferma, hija mía. Trabajas demasiado y no te alimentas. ¿Qué vida es la que llevas?

Después de muchos ruegos, la señora consiguió que Mireya saliera al jardín para recibir un poco de sol y le puso en la mano una gran tortilla con queso que acababa de sacar del fuego.

En el mismo pueblo vivía Elvira, una muchacha huérfana de madre. Elvira era muy hacendosa y servicial y desde la muerte de su madre se encargaba del cuidado de su hermano menor. Ya hacía tiempo que había dejado de salir con sus amigas, por no dejar solo al pequeño. Aquel día en que el sol resplandecía, el papá de Elvira le dijo:

- Te sacrificas demasiado por nosotros. Eres muy joven y necesitas alguna distracción. ¿Por qué no vas de paseo con tus amigas? Yo me quedaré cuidando al pequeño.

Elvira se fue a buscar a sus amigas y juntas se fueron a pasear al parque, riendo alegremente.

La situación era diferente en la casa de Rosa, una muchacha perezosa y egoísta. Rosa se pasaba el día haraganeando mientras su pobre madre se agotaba lavando, cosiendo, barriendo y preparando las comidas.

Hasta que un día el papá de Rosa, indignado por el comportamiento de la muchacha, la regañó duramente y como castigo la puso a hacer el trabajo que más detestaba: zurcir medias. La muchacha, asustada al ver a su papá tan enojado, tomó el canasto de medias y se sentó en el escalón de la puerta de su casa.

Mientras tanto, Ábelardo, hijo de un rico comerciante, había decidido buscar esposa. Estaba convencido de que para ser feliz debía encontrar una mujer hacendosa que compartiera su vida con él. Y aquel hermoso día, se dispuso a salir para inspeccionar los alrededores.

Abelardo pasó delante de la casa de Mireya y vio a la muchacha comiendo una gran tortilla mientras contemplaba las nubes blancas en el cielo. "Esta es glotona y perezosa", pensó Abelardo, y siguió su camino.

Al pasar por el parque vio a Elvira, que reía alegremente con sus amigas. "Estas charlatanas de seguro que son unas grandes haraganas", se dijo el joven y continuó su búsqueda.

Cuando pasó por la casa de Rosa y vio a la muchacha que, con seriedad zurcía una media, tuvo una gran alegría. "Esta es la que me conviene", pensó. Y de este modo, Abelardo se casó con la muchacha más perezosa del pueblo.

No tardó mucho en darse cuenta de que se pueden cometer grandes errores cuando se juzga a las personas sólo por las apariencias.

El caballo y la Langosta

Un caballo pasaba en completa soledad los últimos días de su existencia. Como estaba viejo y enfermo y ya no podía trabajar, su dueño lo había abandonado en la montaña. El pobre animal se lamentaba:

- Nadie piensa en mí ¡ Nadie habla de mí! Solo el dolor me acompaña en mi agonía.

Una langosta que pasaba por allí escucho sus lamentaciones. Se detuvo a su lado y le dijo:

- Te molesta que nadie hable de ti y que nadie se acuerde de ti ¿? Mas bien deberías alegrarte. Que mas quisiera Yo ¡! Por que a mí los hombres hablan constantemente y a mí eso me molesta ¡!!

Es diferente ? respondió el caballo ? Los hombres se acuerdan de ti por que destruyes sus cultivos, arruinas sus cosechas. Por eso hablan de ti con rabia, con odio, con miedo. Pero de mí deberían hablar con agradecimiento por que siempre he trabajado en su provecho.

Ya veo, dijo la langosta. Cuando se trata de hablar mal, el hombre siempre esta dispuesto a no dar paz a la lengua. Pero ante las cosas buenas, las cosas que merecen elogios se queda mudo. Ahora comprendo: el hombre conoce el rencor, pero no la gratitud.

La fruta perfecta

Poco tiempo después de que el mundo fue creado, estaban los hombres descansando cerca de un riachuelo bajo un frondoso árbol, cuando Dios pasó. Como era sábado, él les dijo que los complacería creando lo que le pidiera. Y en verdad había mucho en qué pensar, porque muchas cosas aún no habían sido creadas.

Todos acordaron pedir una fruta. Una fruta que tuviera todas las cualidades y ni un solo defecto. En otras palabras, acordaron pedir una fruta perfecta. Dios estuvo de acuerdo y les pidió que dijeran cómo debería ser esa fruta. Y uno por uno fueron dando su opinión. El primero fue Diego el desdentado, quien dijo:

Una fruta que sea fácil de masticar, Señor para que hasta los que no tenemos dientes la podamos comer

Pedro el Perezoso dijo:
Que no dé tanto trabajo pelarla como la piña.

Todos siguieron dando opinión de cómo debía ser la fruta con que soñaban. Andres el Hambriento dijo:

Una fruta, señor, que tres o cuatro bastan para quedar llenó y no como la uva, que por mas que uno coma siempre queda con hambre.

Hector el económico dijo:
Que se pueda aprovechar toda y no tenga partes incomedibles, como la semilla del aguacate.

Enrique el enfermizo dijo: -
Que, no sea pesada, para que no produzca molestias en el estómago.

Lino el Limpio agregó:
Que no tenga mucho jugo, pues acaba uno con la cara y las manos sucias y manchándolo todo.

Fausto el Fastidioso dijo:

Que no tenga hebras que se metan entre los dientes, como del mango.

Cuco el Cuidadoso dijo:

Que madure poco a poco, para que no se pudra rápidamente. Y que no tenga gusanos como la guayaba.

Modesto el Moderado dijo:

Que no sea ni muy dulce ni muy ácida; ni muy dura ni muy suave.

Y Cavita la Cavilosa agregó

Que la puedan comer tanto los adultos como los niños.

Finalmente se escuchó la voz de alguien que dijo: Debe dar cosecha, todo el año tanto en tierra fértil como en tierra pobre.

Después se hizo un respetuoso silencio y entonces Dios dijo:

Las cosas perfectas no son de este mundo. Siempre me gusta que el hombre pueda mejorarlas. De lo contrario el mundo sería muy aburrido. Sin embargo, cómo en este caso la decisión ha sido de todos respetando la voz del pueblo voy a hacer una excepción. Pero sólo por esta vez.

Y fue entonces cuando Dios creó el banano

La bondad y la Maldad

Un día llamo Dios a dos de sus ángeles y los envió a la tierra. A uno le encargo recoger toda la bondad salida del corazón de los hombres. El otro, en cambio, debería recoger toda la maldad.

El primer ángel camino días y días, llamo a todas las puertas, miro en lo profundo de las almas y al final solo logro reunir un puñado de bondad. Por el contrario, el otro ángel lleno cien mil sacos de maldad.

Cuando regresaban ante Dios, el Primer ángel le dijo:

- Aquí esta la bondad que he podido recoger en el mundo. Es muy poca. Poquisima...

Y el otro ángel agrego:

- La maldad en cambio es mucha. Traigo un gran cargamento con el que se puede construir otro universo.

Con la maldad no se puede construir nada –dijo Dios. Y volcó el cargamento de maldad, que cayo sobre la Tierra y se convirtió en lodo. Luego cogió el puñado de bondad que le llevo el ángel y formo con él, el firmamento luminoso, el Firmamento sin fin.....

La Fortuna y el Mendigo

El mendigo Jacinto se detuvo ante una lujosa casa. Contemplándola con admiración, le dijo al guarda que estaba en la entrada:

- Esta era la casa de mi amigo Andrés. Yo lo conocí muy bien cuando éramos jóvenes. Andrés era un hombre muy trabajador y muy capaz. Poco a poco logro juntar una gran fortuna. Luego construyo esta linda casa y ahí vivía con su familia. Hubiera podido vivir tranquilo el resto de su vida, pero la ambición lo llevo a la ruina. Deseando aumentar su riqueza fácilmente se lanzo a negocios arriesgados que al principio y por verdadero milagro, le salieron bien, pero que muy de pronto, lo dejaron en la miseria. La verdad es que querer demasiado es una tontería. Yo, en su lugar, me habría contentado con el dinero ganado honradamente. Luego me habría retirado a vivir tranquilamente.

Dio la casualidad que en ese momento pasaba por allí, la Fortuna y al oír estas sensatas palabras siguió a Jacinto y le dijo:

- Buenos días, amigo. Me gustaría ayudarle. Veo que en el costal que lleva no hay siquiera un pedazo de Pan. Ábralo y le echare una cuantas monedas de oro. Pero le advertió una cosa: las monedas no deberían en modo alguno, caer al suelo. De lo contrario quedarían hechas polvo. Recuerde bien esto

Jacinto se entusiasmo al escuchar el generoso ofrecimiento que le hacia la anciana. Abrió su costal y lo tendió hacia la Fortuna, que enseguida comenzó a llenarlo de monedas.

- Tenga cuidado –dijo de pronto la Fortuna- me parece que la tela de su costal no soportara el peso de las monedas. Recuerde lo que le dije.

- La tela es resistente – aseguro el mendigo- Siga echando monedas. Ande, no sea mala, otro puñadito, otro mas, otro....

- mire que su costal esta muy viejo y gastado – dijo la Fortuna.

- solo unas poquitas mas – rogó el mendigo.

- Tome, si así lo quiere – respondió la Fortuna -. Pero, no cree que exagera un poco? Tiene ya muchas, muchas monedas.... Debería contentarse con ellas....

Pero Jacinto ya no podía razonar. Solo pensaba en las monedas y no hacia mas que pedir:

- Eche más, eche más....

- Se romperá el costal- volvió al decir la Fortuna.

- No tema, es fuerte, eche unas poquitas más.

Pero el costal no pudo soportar el peso de las monedas y se rompió. Las monedas cayeron al suelo con un tintineo que más parecía una risa burlona, convirtiéndose en polvo...

El Cilindro

Encontraron el cilindro y a su casa lo llevaron con cuidado, como a una bendición. Era Pascuas, y el objeto su regalo, y los niños se encantaron con su aparición. Abrieron el cilindro y se maravillaron cuando vieron dentro un mágico color, como una estrella, polvo de cielo, que alegraba su miseria con su luz. Sobre sus cuerpos

lo restregaron, y lo adoraron como si fuera Jesús.

Los vecinos se enteraron y curiosos visitaron "a la casa en que de noche sale el sol". El cilindro y la familia fueron la mejor noticia de la Prensa, Radio y la Televisión: "Un milagro de Dios?"; "Otro Mago de Oz"; "Regalo de un Platillo Volador?" .

La luz del cilindro fue menguando y al irse se fué apagando el amor que lo celebró. Uno por uno fuimos pagando el precio cruel de los que basan su felicidad en error.

El gobierno explicó a través de expertos que, "los muertos fueron víctimas de radioactividad". Le dieron una multa a un hospital local, "por botar substancias tóxicas en un área popular".

No hubo milagro, ni hubo justicia, y esa tragedia no es noticia ya.

Ni aquel cilindro, con el polvo de cielo, que alegraba a la miseria con su luz. Ya no es noticia, esa tragedia de la Navidad sin el Niño Jesús. Nadie se acuerda de la familia que, brillando, murió en la oscuridad. El hospital pagó su multa, barata le salió la culpa, pues la vida de un pobre no vale na'.

El elefante y el perro

Cierto Día, un domador de fieras pasó por las calles de una pueblo montado en un enorme elefante. Las personas del pueblo, que nunca habían visto un elefante, seguían a distancia al gigantesco animal. Nadie se atrevía a ponérsele delante. Únicamente un perrito se atrevió a acércasele y ladrándole furiosamente, le dijo al elefante:

- Oye animalote, Porque en lugar de quedarte en tus tierras, has venido donde nosotros que no te conocíamos, que no sabíamos siquiera que existías, para sorprendernos y atemorizarnos? Nuestra tranquilidad vale mas que tu inmenso tamaño.

Un perro viejo, que oyó las palabras de su joven compañero, se le acerco y le dijo:

- Deja ya de armar tanto alboroto, amigo. El elefante no se digna siquiera en escucharte. ¿No te has dado cuenta de sus enormes patas? Si tu insolencia acaba por molestarle, te puede aplastar en menos de lo que piensas.-

¿Y eso que importa? –respondió el perrito- Yo digo lo que pienso sin medir mis fuerzas. Si todo el mundo pensara como tú, en la tierra no se oiría nunca la voz de la justicia y el mundo se convertiría en una inmensa jaula de cobardes.

La Zorra y las Aves

Antes, la boca del zorro no iba de oreja a oreja, como en la actualidad, sino que era una boca corriente de persona normal. Era la época en que los pájaros no sabían tocar la flauta tan bonito como lo hacen ahora.

- No todo va a ser ajeteos y sobresaltos, acordaron un día. Vamos a divertirnos un poco.

Decidieron por unanimidad organizar una fiesta y se repartieron las tareas democráticamente. Mientras los varones se comprometieron a aportar los comestibles, las hembras ofrecieron arreglar el local y preparar hartos masatos.

El loro, por ser el más hablador, fue comisionado para divulgar la noticia en todos los confines del bosque a fin de asegurar la asistencia del mayor número de pájaros. Pero, como siempre, el loro se pasó de hablador y se enteraron del acontecimiento quienes no debían.

El día acordado, todos los preparativos estaban concluidos y los pájaros fueron llegando con sus parejas y sus atuendos de gala. Era una constelación de plumajes de vistosos colores, nunca, hasta entonces, vistos juntos, que opacaba la belleza del resto de la naturaleza. Pero se presentó un problema: nadie había previsto la música y era una fiesta silenciosa. Los concurrentes se dedicaron a ingerir masato y a danzar como podían, al compás de un tambor hecho de tronco de palmera.

Escondido en la maleza de las inmediaciones y saboreando de antemano el banquete de pájaros que pensaba darse, el zorro esperaba la ocasión de ingresar a la fiesta.

Sabiendo que el viento producía silbidos agradables al soplar los tallos quebrados del cañaveral, se había procurado una caña partida y esperaba utilizar este artificio para ser admitido en la fiesta.

No tardó en presentarse la oportunidad; achispado por el masato y con ganas de bailar, una pajarita reclamó música y ningún pájaro pudo complacerla.

Aprovechó el zorro para hacer su aparición, saludando cordialmente y portando su caña:

- Si me lo permiten yo pondré la música.

Estuvieron todos de acuerdo y ahí nomás se puso el intruso a soplar con ganas la caña agujereada. Lo que sucedió fue que, por pensar día y noche en el aroma que tendría la delicada carne de los pájaros, había olvidado practicar con el instrumento y el aire escapaba por los costados de su boca sin producir ningún sonido.

- ¡Que se vaya, chillaron los pájaros, no sirve para nada!

Viendo que peligraba su plan, el zorro pensó en ganar tiempo a fin de que los pájaros siguieran bebiendo masato. Ya mareados, no se darían cuenta de nada y ese sería el momento de devorarlos.

- Un instante, exclamó. Lo que pasa es que soy tocador de flauta gruesa y ésta es muy delgada. ¿Harían el favor de coserme la boca, dejando sólo un hueco pequeño entre mis labios?

Interesados en la música prometida, los pájaros consiguieron muy pronto una espina de chonta y con un bejuco delgado redujeron la boca del zorro. Le quedó una cosa muy graciosa, como una imitación de pico.

Comenzó a soplar con su boca adolorida y torpe y los pájaros soltaron la risa. Logró sin embargo arrancar algunas notas a la flauta lo que aprovechó para argumentar:

- Ya viene la melodía, pero me falta masato.

Le trajeron una tinaja de masato pue su pico chupó con mucha dificultad y eso desencadenó las carcajadas de los concurrentes. El zorro se contagió de la risa y sintió que las costuras de su boca iban a reventar.

- ¡No me hagan reír, no me hagan reír!, rogó en vano.

Pero era tarde, la risa venció la resistencia de las costuras y su boca se rasgó de oreja a oreja. Abandonó la fiesta avergonzado, aullando de dolor y sordo al llamado de los pájaros.

La flauta que había abandonado en su huida fue circulando de mano en mano y fueron brotando melodías de acuerdo a la cantidad de masato ingerida. Los que habían bebido poco, produjeron las melodías alegres.

Los que habían tomado más, fueron autores de las melodías tiernas y nostálgicas. Los que estaban demasiado borrachos alborotaron con toda clase de sonidos. y, entre todos, amenizaron la fiesta hasta la madrugada.

Y fue gracias a la boca del zorro que los pájaros del bosque aprendieron a tocar flauta.

El Habito no hace al Monje

A los oídos de un rey llegó la fama de un sabio muy famoso. El rey, deseoso de conocerlo personalmente y conversar con él, le mandó varias cartas invitándolo a que lo visitara.

Un buen día el sabio llegó al palacio, sin preocuparse de la ropa que llevaba puesta. Cuando le avisaron al rey que el sabio estaba allí, ordenó que lo hicieran pasar al comedor, pues justamente en ese momento se disponía a almorzar.

Cuando el sabio llegó al comedor, el rey apenas si lo saludó y cuando todos se sentaron a la mesa lo sentaron en el último lugar. El sabio se dio cuenta del desaire del rey, pero comió con buen apetito y apenas terminó de comer se fue sin decir palabra.

Después de un rato, el rey recordó la visita del sabio. Y al no verlo sentado a la mesa preguntó qué se había hecho. Los criados le contestaron que se había marchado y que ya debía ir de regreso a su pueblo.

El rey comprendió que no había atendido al sabio como merecía, puesto que él mismo lo había invitado a que lo visitara. Y que si el sabio se había marchado sin despedirse era porque se había sentido mal por el desaire. Entonces le mandó una carta con un mensajero, invitándolo a que lo visitara de nuevo.

Esta vez el sabio llegó al palacio vestido con ropas lujosas. Y a la hora de comer el rey lo sentó a su lado. Apenas sirvieron la comida el sabio cogió los trozos de carne y los restregó en su ropa. Y cuando le sirvieron vino también lo derramó sobre su ropa.

El rey y sus invitados lo contemplaban asombrados. Creían que se había vuelto loco. Y comenzaron a murmurar entre ellos. Finalmente, no pudieron contenerse, el

rey le preguntó:

- ¿Pero qué es lo que está haciendo? ¿Cómo es posible que usted, que es una persona de gran sabiduría, sea capaz de comportarse en esta forma?.

- Lo hago, señor, porque he comprendido que todas las atenciones con que usted me distingue no están dirigidas a mi persona, sino a las ropas que llevo. Así que me parece que es justo que sean ellas, y no yo las que disfruten la comida.

El rey quiso saber porque le decía eso y el sabio continuó:

- La primera vez que vine a visitarlo me presenté mal vestido y me sentaron lo más lejos posible de usted, mientras que ahora que vengo con vestidos elegantes, me sienta a su lado.

No me negará usted que los méritos de una persona son los mismos cuando viste humildemente que cuando luce ropa elegante. Por eso, señor, he comprendido que las atenciones con que ahora me distingue no están dirigidas a mi persona, sino a mis ropas.